

DISCURSO DEL EXCMO.
SR. D. JOSÉ MARÍA BASTERO, RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmo y Revmo. Sr. Arzobispo de Pamplona,
Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Teología,
Colegas de Claustro Universitario,
Señoras y Señores:

Inicia hoy la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra la vigésima tercera edición de su Simposio Internacional, dedicado a un tema verdaderamente importante, ya glosado por quienes me han precedido en el uso de la palabra: «El cristiano en el mundo. En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá». Y de nuevo tengo el placer de dirigirles a Ustedes mi más cordial saludo, deseando que durante estos días se sientan en su casa, acogidos por la hospitalidad de nuestra tierra navarra y de la Universidad.

Han pasado ya unos años desde que intervine por vez primera, como Rector, en el Acto de Apertura del entonces décimo octavo Simposio. Revisando lo que dije en aquella ocasión encontré algo que hoy quisiera recordar expresamente.

Por decisión fundacional del beato Josemaría —decía yo en aquel momento— la Facultad de Teología no sólo forma parte, como un Centro más, de la estructura docente e investigadora de la Universidad de Navarra, sino que ocupa una posición intelectualmente estratégica para un diálogo interdisciplinar, respetuoso con la autonomía de las diferentes ciencias, pero que ayude a trascender las fronteras del pragmatismo al uso para abrir el pensamiento a toda la realidad humana y divina.

En este sentido, quiero ahora reiterar el agradecimiento de la Universidad de Navarra a la labor que lleva a cabo esta Facultad, al servicio de la Iglesia, de nuestra Corporación universitaria, y de la sociedad entera. Buena muestra son estos Simposios que, desde 1979, congregan una selecta participación de expertos en las diversas áreas de la Teología, y que han puesto a disposición de la comunidad cien-

tífica un considerable patrimonio de ideas y atractivas sugerencias para la inteligencia de la fe cristiana en sus diversas implicaciones y compromisos. Los Profesores de esta Facultad aportáis vuestros mejores esfuerzos para hacer realidad aquel anhelo que también entonces proponía yo a vuestra consideración: que la teología no sea considerada —especialmente entre quienes componemos la Universidad— como un discurso de clérigos y para clérigos, algo ajeno al cultivo de los saberes humanos.

Muy al contrario, pertenece al más genuino acervo universitario el saber cierto de que Dios no es ajeno al hombre, que el hombre no se comprende sin Dios, y que, en Cristo, conocemos a Dios y su plan de salvación. Por eso, el creyente, cualquiera que sea su formación —y por especial título si se trata de un universitario—, no puede abdicar del *habitus* connatural a la fe, esa forma mental que le reclama constantemente un *intellectus fidei*, una inteligencia de Dios, del hombre y del mundo, a la luz de Cristo, para reconducir a unidad lo aparentemente disperso de la realidad que nos envuelve.

No, la Teología no es una sabiduría esotérica que algunos cultivan en lugares cerrados de este mundo, sino la aspiración profunda del creyente que desea comprender para creer mejor. Como afirmaba en 1998 el Card. Ratzinger en su Discurso de investidura como doctor «honoris causa» en esta Universidad, «lo peculiar de la Teología es ocuparse de algo que nosotros no nos hemos imaginado y que puede ser el fundamento de nuestra vida precisamente porque nos precede y nos sostiene, es decir, porque es más grande que nuestro propio pensamiento». Es la grandeza y la autoridad de una Palabra, eternamente pronunciada por Dios en el seno de su vida trinitaria, y hecha carne de nuestra carne en Jesús de Nazaret.

Por eso, la Universidad de Navarra aspira a ofrecer a sus profesores, empleados y estudiantes, en el más exquisito respeto a la conciencia personal, espacios y ocasiones para profundizar intelectualmente en esta mirada creyente a la existencia, y con ella la ocasión de formarse una verdadera *cabeza cristiana* que configure la vida de los hombres y mujeres de cada generación.

Se comprende así la plena vigencia de la exhortación del actual Gran Canciller, Mons. Javier Echevarría, quien nos animaba, hace unos años, a sostener sin desaliento y sin complejos una tarea universitaria de cristianos maduros: «demostrad en vuestro trabajo —nos decía— una íntegra identidad cristiana, sin miedos ni respetos humanos; impregnad de sentido cristiano todas las materias, exponed los grandes temas de la vida humana con referencia a Jesucristo: nuestro lenguaje de cristianos no se puede reducir a una filantropía meramente natural o a una simple ética humana».

Esto es, entiendo yo, la necesaria concreción para el mundo universitario del gran tema que aborda este Simposio: «El cristiano en el mundo». El tema, como tal, posee entidad propia. Pero, además, el marco del primer Centenario del nacimiento del Fundador y primer Gran Canciller de esta Universidad le confiere un especial relieve. Por este motivo, permítanme prolongarme unos minutos.

Nuestro Gran Canciller señalaba, en una reciente entrevista, que el objetivo de este Centenario es ante todo avivar «la conciencia de que Cristo debe estar en el corazón de nuestra historia individual, a través de un continuado encuentro con Él, precisamente en las circunstancias ordinarias de la vida; y en nuestra historia colectiva, por medio de la paz, de la justicia y del perdón». Y añadía Mons. Echevarría: «Ha escrito y repetido muchas veces el beato Josemaría que “es de Cristo de quien tenemos que hablar, y no de nosotros mismos”». Ese es el objetivo de este Centenario: anunciar a Jesucristo para descubrir la alegría de ser plenamente discípulos suyos en medio del mundo. El Centenario quiere hacerse eco de esa verdad radical, que llenó la vida cristiana y sacerdotal del Fundador de esta Universidad. Su próxima canonización constituye otro gozoso motivo para meditar las implicaciones de esa verdad en el nivel propio de la Teología, como se han propuesto llevar a cabo Ustedes en estos días de reflexión e intercambio.

Con su vida y mensaje, que ya pertenecen a toda la Iglesia, el beato Josemaría invita a encontrar la relación entre la fe cristiana y las diversas dimensiones de la vida cotidiana. Esa existencia ordinaria es el ámbito natural de encuentro con Dios, que siendo Amor, conduce a servir a los hombres como hermanos y a referir toda la vida a nuestro Creador. Esta es la «grandeza de la vida corriente»: una vida enraizada en Cristo que se despliega en el mundo como compromiso, amor y servicio.

Nuestro primer Gran Canciller amó apasionadamente al mundo. Esta expresión, «amar al mundo apasionadamente», evoca a quienes trabajamos en la Universidad de Navarra, una especial llamada y tarea, pues fue aquí, durante la inolvidable celebración eucarística en el Campus en 1967, donde pronunció aquella homilía en la que su corazón sacerdotal se desbordó en una incontenible pasión por el mundo. «Hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir», decía él en esa ocasión para recordar a los cristianos que Dios los llama en y a través de las ocupaciones corrientes y que el mundo es camino de encuentro con su Creador y Redentor. Ese amor al mundo provenía de la certeza de que el cielo y la tierra, Dios y el hombre, no se unen en la distancia, en la línea del horizonte, sino en el corazón de quienes se comprometen a vivir santamente la vida ordinaria.

Ese es el mensaje del beato Josemaría. La Iglesia, que ha iniciado el tercer milenio de su camino histórico, encuentra en ese empeño del Fundador del Opus Dei una poderosa fuente de luz para promover la santidad en medio de los quehaceres ordinarios del cristiano. Es el empeño de suscitar en la mente y el corazón de los cristianos la conciencia viva de su vocación a la santidad, como el Concilio Vaticano II ha recordado de manera solemne: santidad cristiana, que tan lejos está de una espiritualidad intimista desconectada de la praxis, como de un puro activismo, ayuno de peso interior. Hoy como ayer, el mundo necesita que los cristianos asuman plenamente sus responsabilidades históricas desde una honda experiencia de Dios. Por este motivo, y cito de nuevo a nuestro Gran Canciller, este «centenario quiere ser una mirada al futuro: no es nostalgia del pasado, sino proyecto, esperanza, deseo sincero de progresar en el amor a Dios y al prójimo. Estamos en el umbral de un nuevo siglo; los tiempos requieren apertura de mente, prontitud para acoger desafíos inéditos, y nos invitan, como el Santo Padre ha escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, a “recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro” (n. 1)» (Artículo en ABC).

Desde el presente y mirando al futuro quiero también recordar, antes de terminar, una necesidad particularmente urgente en nuestros días: la necesidad de la paz y la concordia entre los hombres y los pueblos. El Beato Josemaría Escrivá no dejaba de exhortar machaconamente a ser —decía él— «sembradores de paz y de alegría», para enraizar así en el mundo el espíritu evangélico de fraternidad y perdón. Quiera el Príncipe de la Paz dar consuelo y esperanza a tantos que sufren el dolor y la violencia, en lugares lejanos y cercanos a nuestras tierras.

No puedo acabar sino agradeciendo la presencia en este Acto, una vez más, de nuestro Arzobispo de Pamplona, D. Fernando Sebastián; una presencia bien activa, como reflejan las palabras que nos ha dirigido; una presencia que es —lo sé— expresión de su afecto cordial por la Facultad de Teología y la Universidad de Navarra.

Mi agradecimiento también a las personalidades que han aceptado amablemente la invitación a participar en estos trabajos, abriendo esforzadamente un hueco en sus múltiples obligaciones.

Les deseo, en fin, una feliz estancia en Navarra y que la tarea que van a comenzar sea enriquecedora para todos.

Gracias por su atención.